

minio absoluto, y haciéndose una misma cosa con vosotros, tendreis en él un amigo y fiel defensor que os saque libres de entre los peligros del mundo.

Resta solo que con humilde y ferviente oracion os dirijais á este amorosísimo Padre y Redentor de vuestras almas, dirigiéndole fervorosas súplicas, á fin de que encienda en vuestros corazones afectos de amor y de gratitud por la gran fineza que nos ha dispensado, quedándose entre nosotros en el Santísimo Sacramento de nuestros altares y dándonos por alimento, y que os conceda su divina gracia, á fin de que no apartándoos del camino del bien obrar, recibais los celestiales consuelos que Jesucristo concede á los que dignamente le reciben en su pecho. Jesus viene á vosotros: salidle al encuentro llenos de regocijo y exclamando: «Bendito el que viene en nombre del Señor.» *Benedictus qui venit in nomine Domini.* De este modo Jesucristo despues de dispensaros sus bondades durante los dias de vuestra peregrinacion, será vuestro viático á vuestra partida para la eternidad, conduciéndoos en sus brazos á la patria de la inmortalidad, que es su gloria. *Amen.*

SERMON

PARA EL JUEVES SANTO POR LA MAÑANA.

INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Misterio de la ternura de Dios para el hombre, y de la exaltacion del hombre hasta su Dios.

Cum dilexisset suos, qui erant in mundo in finem dilexit eos.

Habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Joan. cap. XIII, v. 1.

No ha habido un momento desde el dia de la creacion, hasta este de los misterios, en que Dios no haya obrado prodigios y maravillas á favor del hombre, que siempre fué el tierno objeto de su cariño. ¿Pues qué amor es este que reservado para el último momento, parece sobreponerse á aquel con que el Omnipotente nos habia amado siempre? Ciertamente es, real sacerdocio y cristiano auditorio, que en ningun tiempo ha estado sin accion el amor del Altísimo en favor del hombre;

pero cuando se acercaba la hora en que el Dios humano debia padecer por nosotros, hace un prodigio, obra una maravilla superior á cuantas habia hecho hasta entonces. El brazo Omnipotente hace un esfuerzo invencible: Jesucristo que debe apartarse de nosotros para subir á ocupar su trono en el Empíreo, quiere no obstante permanecer en nuestra compañía, y lo que es mas, dársenos por alimento. ¡Qué prodigio tan inesplicable! ¡Qué conjunto de maravillas!

En efecto, la despedida del Salvador no puede ser mas amorosa, siempre habia mostrado su amor á la humanidad, pero en aquellos momentos supremos, cuando por el hombre vá á ser entregado en manos de sus enemigos, cuando no ignora que vá á sufrir desprecios y ultrajes en gran número, cuando se dispone á tomar la cruz sobre sus hombros, para conducirla por sí mismo al Calvario, para allí ofrecerse víctima por los pecados del hombre, entonces es cuando parece que no puede contener en su pecho los ímpetus de su amor, el cual le obliga á efectuar la maravilla cuya memoria celebramos, que fué el instituir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su preciosa sangre.

Cristianos: sigamos el ejemplo de Moisés á vista de la misteriosa zarza que ardia sin convertirse en ceniza, es decir, descalzémonos respetuosos, olvidemos la tierra por un momento, y caminando en espíritu al cenáculo, á esa casa de eterna bendicion, observemos el prodigio grande y extraordinario que allí se efectúa; el prodigio que supera á todos los prodigios del poder triunfante, la obra grande y excelsa del poder de Dios, el gran milagro efectuado por el amor.

No creo que pudiéramos tratar una materia de mayor interés, ni mas apropósito, para escitar vuestro amor y gratitud hácia el amorosísimo Redentor de nuestras almas. El Sacramento augustísimo de la Eucaristía, es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; es su guia, su guarda, su escudo de proteccion, es todo en una palabra, porque es Dios. Vamos, pues, á discurrir sobre su institucion, y para la mejor inteligencia, divido el discurso de este modo: *La Eucaristia es el misterio de la ternura de Dios para con el hombre: primera parte. Es asimismo la exaltacion del hombre hasta su Dios: segunda parte.* Una y otra son pruebas concluyentes de aquel amor inflamado con que Jesucristo nos amó en el momento de su despedida. *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.*

Necesario es pues, que acudamos á la fuente de la gracia, al principio fecundo de la sabiduría, y le supliquemos que se digne iluminar mi entendimiento é inflamar mi voluntad, á fin de que mis palabras sean saetas de amor que lleguen á vuestros corazones y los inflamen en el fuego de la caridad. Acojámonos para ello á la proteccion de la reina de los ángeles María Santísima, acueducto de las divinas misericordias, y para obligarla en nuestro favor, saludémosla con la mayor reverencia, valiéndonos de aquellas dulces palabras que la dirigiera el celestial Parainfo, cuando le anunció el gran misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas. *Ave Maria.*

PARTE PRIMERA.

La bondad de Dios en favor del hombre es digna de admiracion: registrad con vuestra vista cuanto el mapa hermoso de la naturaleza os ofrece de bello y encantador. Esos astros brillantes que adornan la bóveda celeste, ese sol, monarca de todos ellos que disipa las tinieblas, y nos presta hermosa y clara luz para que nos gobernemos en el mundo y para vivificar y dar vida á las plantas; el modo prodigioso y providencial con que el grano arrojado en la tierra se multiplica para dar sustento al hombre: esas nubes que en tiempo oportuno nos envian el saludable rocío, tanta multitud de árboles, tanta variedad de animales, con cuyas carnes nos nutrimos, y cuyas pieles tambien nos prestan utilidad ¿para quien, mis señores, ha sido formado todo, por la mano del celestial artífice? Para el hombre á quien criara á su imágen y semejanza. ¡Qué inesplicable bondad! ¡Qué amor tan extraordinario! Monstruosa fué la ingratitude del hombre que desconocido á tanto amor, ultrajó á la divinidad, faltó á sus leyes, menospreció sus beneficios, dándose la muerte por su propia mano. Pero ¿creeis que Dios apartó su vista del hombre y le abandonó para que siempre gimiese bajo el peso de la maldicion? No: porque la justicia dió lugar á la misericordia, y la voz de Dios que se dejó ver en el paraiso ofreció al mundo un libertador que ofreciese un sacrificio de valor infinito por la culpa del hombre que fué infinita. La tierra no podia producir este libertador: inficionados los hombres en su origen no podian satisfacer á la justicia divina, y por eso Dios quiso

satisfacerse á sí mismo: en la plenitud de los tiempos, el Verbo de Dios, la segunda persona de la Trinidad augustísima descendió del cielo á la tierra, y como no podia padecer en cuanto Dios, revistióse de nuestra propia carne para padecer en ella y salvar á la humanidad. Admiraos vosotros de tanto amor, de tan sublime caridad: ¿creereis por ventura que esta sea la mayor y mas brillante prueba del cariño de Dios para con el hombre? ¿Que ya no podia hacer mas su diestra poderosa? Aun hizo mas. Atended.

Era la hora en que Jesucristo se preparaba para dar á la humanidad la gran prueba de su amor, que era morir en una cruz por salvarnos, da á entender que su amor no se halla satisfecho y de aquí al dirigirse á sus discípulos diciéndoles: «Con anhelo he deseado comer con vosotros esta Pascua (1).» ¡Ah! Acercábanse los momentos en que Jesucristo debia separarse de sus discípulos, en que los hijos iban á quedarse sin su amado padre, las ovejas sin pastor, los vasallos sin su rey, y los redimidos sin su redentor; entonces el amor parece que saca de sí al Salvador de nuestras almas; quiere consumir el sacrificio, quiere partir á su Padre... pero ¡ama tanto al hombre!... ¡Su corazon no le permite dejarle en la orfandad y determina quedarse entre nosotros no obstante su partida al cielo, y para ello, como es Omnipotente, y nada por lo tanto resiste á su voluntad, efectúa un prodigio mayor que cuantos hasta entonces hubiera efectuado! Obra una maravilla... pero no nos detengamos; trasladémonos al Cenáculo donde se efectúa y quedaremos enagenados de gozo y admiracion.

(1) Luc. eap. XXII, v. 19.

Jesucristo se hallaba sentado á la mesa con sus discípulos, y lo primero que hace es decirles: «En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.» Ellos se llenaron de tristeza al oír tales expresiones, y cada uno comenzó á decir: ¿Por ventura soy yo, Señor? Lo mismo preguntó el pérfido Judas, á quien el Señor contestó: «Tú lo has dicho.» En estos mismos momentos en que Jesucristo hace ver que no le es desconocida la traición del infiel discípulo, lejos de irritarse contra él, y entibiarse en su amor al hombre, es cuando efetúa el gran prodigio que nos ocupa. Tomó en sus manos el pan, y lo bendijo y lo partió y lo dió á sus discípulos diciendo: tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO, y tomando el cáliz, dió gracias y los dió diciendo: bebed todos de él, porque ESTA ES MI SANGRE, que será derramada por muchos para remisión de sus pecados (1). ¡Ah! Palabras sublimes cuyo eco atraviesan las nubes, penetran á los cielos, llegan al Empíreo y los serafines se postran y los veinticuatro ancianos rinden homenaje de adoración, honor, virtud y alabanza.

¡Maravilla sin semejante! ¡Portento sin segundo! El que por su inmensidad todo lo ocupa, el que no abarcan el cielo ni los cielos de los cielos (2) se reduce á espacio tan pequeño, y ocultando su divinidad y humanidad bajo los accidentes de pan y vino, y de este modo se dá todo entero á sus criaturas sin reservarse nada. Su alma, su cuerpo, su sangre, su divinidad, su humanidad, todo se contiene en la Eucaristía, y de este modo se une con la mayor intimidad á la criatura, convirtiéndose con ella en una misma

(1) Math. cap. XXVI, v. 26. et sequentibus.

(2) III. Reg. cap. VIII, v. 27.

cosa, segun la espresion de San Cirilo de Alejandría. Ved como el Señor tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres (1). San Ambrosio, hablando de este misterio esclama: «Muchas cosas, Señor, hicisteis por mí, mas ninguna me habia cautivado: pero cuando yo os consideré hecho hombre y escondido bajo las especies de pan y vino, parecióme tan raro este prodigio, que luego me arrodillé, desfallecí, me dí por vencido.»

Y ciertamente, mis señores, ¿quién no desfallece de amor al contemplan tal prodigio de ternura? ¿A quién no cautiva un Dios reducido á las especies de pan y vino? Cuando yo he dicho que la Eucaristía es el misterio de la ternura de Dios para con el hombre, es porque no veo otro en el que mas se humille y abata por su amor. Es verdad que toma la forma de siervo (2) al revestirse de nuestra carne, y que su nacimiento es mas pobre y humilde: pero resuenan en el mísero portal los ecos de los ángeles que le alaban y colman de bendiciones, y recibe las adoraciones de los reyes que se postran en su presencia, reconociendo su divinidad: en todos los actos de su vida déjanse entrever algunos destellos de su divinidad, y sus prodigios y repetidos milagros dan á comprender á muchos que es un Dios. La salud que repentinamente recuperan muchos enfermos; los ciegos que recibieron la vista; Lázaro que al imperio de su voz saliera vivo del sepulcro, todos tienen que confesar que el poder está en su mano. En el mismo Calvario, cuando espira en el patíbulo de los malhechores, el eclipse de los astros, el estremecimiento de la natu-

(1) Deliciae meae esse cum filiis hominum. Prov. cap. VIII, v. 31.

(2) A Philip. cap. II, v. 7.